

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE HERMENEUTICA BIBLICA

MIGUEL GALLART

Τὸ πνεῦμα ὅπου θέλει πνεῖ... Ιο. 3, 8.

Entre los estudios actuales sobre hermenéutica bíblica es todavía de reciente aparición el libro de R. LAPOINTE, *Les trois dimensions de l'Herméneutique* (Paris, Gabalda, 1967, 151 pp.). Se trata de una obra breve sin pretensiones de tratado, que presenta, a modo de ensayo, una aportación al intrincado problema de la interpretación de la Sagrada Escritura.

El libro está estructurado en tres cuerpos principales: dos capítulos introductorios (I. Domaine herméneutique; II. Questions disputées); cinco capítulos en que el autor expone su visión del tema (III. Deduction des trois paramètres; IV. Le paramètre esthétique. I. Le paramètre ontologique; VI. Le paramètre existentielle; VII. La circularité des paramètres), y un capítulo final a modo de conclusión (VIII. L'herméneutique biblique).

Los dos primeros capítulos, que tratan del “dominio hermenéutico”, en el tiempo y en el espacio, y de “cuestiones discutidas” abordan cuestiones sustantivas y tienen interés en sí mismos, a pesar de haber sido concebidos como introducción a los cinco capítulos siguientes, que podríamos considerar el cuerpo del trabajo. El segundo capítulo presenta el problema de la Hermenéutica en unas situaciones concretas: las relaciones entre dogma y exégesis, la noemática, los estudios sobre el Antiguo Testamento y la cuestión del mito. El interés de estos dos primeros capítulos reside precisamente en cumplir una función “introdutoria” a una temática aún más amplia que la contemplada en el libro.

Al término de la lectura del ensayo de Lapointe, surge cierta perplejidad al intentar una valoración de la obra. Se tiene la impresión de que los cinco capítulos que constituyen el cuerpo del trabajo —relativos a la deducción, descripción, análisis y funcionamiento de las tres dimensiones de la Hermenéutica, a las que el autor denomina

parámetros estético, ontológico y existencial— quedan desplazados, en atención e importancia, a un segundo plano. Y la explicación parece encontrarse en el último capítulo, el VIII (*L'herméneutique biblique*), donde Lapointe confiesa y manifiesta una determinada toma de postura que está presente en todo momento a lo largo de su estudio. Es esta idea subyacente la que explica una presencia constante de referencias a autores profanos, filósofos y críticos literarios, ajenos en principio a la cuestión bíblico-hermenéutica; idea-presupuesto que podría formularse del siguiente modo, usando palabras del mismo autor: “la conception d'une herméneutique biblique, entièrement inscrite dans les cadres d'une herméneutique générale” (p. 139).

Autonomía de la Biblia y Hermenéutica

Lapointe reclama, en relación con la autonomía de la Biblia como obra literaria, un proceso hermenéutico por parte del intérprete, creyente por supuesto, que se ajuste a las mismas reglas de interpretación de cualquier otra obra literaria del pasado. Respecto a este hombre creyente parece razonable o “natural” que lea la Biblia como una obra de Dios, inspirada por El y, a la vez, depósito de su revelación (p. 140). Consecuentemente, el autor no puede dejar de manifestar su desacuerdo con los hermeneutas católicos que distinguen entre reglas “rationales” y “sobrenaturales” de interpretación de la Biblia, separación que califica de evocadora de “nestorianismo”.

El tema sugiere cuestiones que quizás ayuden a centrar la cuestión hermenéutico-bíblica. En la concepción de R. Lapointe, el punto de partida, y también de llegada de los otros dos parámetros, lo constituye el existencial: la subjetividad preocupada por su existencia (p. 138). Repite, en el mismo sentido, que para una hermenéutica bíblica correcta se requiere o presupone en el intérprete la fe. Asimismo, en el seno de la operación interpretativa actúa siempre el Espíritu. Y aquí cabría preguntarse: ¿No será que el problema hermenéutico en relación a la interpretación de la Biblia no reside propiamente en el libro, sino en el lector? Es decir, en el hombre que va a la lectura de la Biblia preocupado por su existencia de *creyente* en cuanto tal. En tal caso, ¿no habría que considerar el texto bíblico como algo que cumple “una función”, que habría que precisar y definir? Para el creyente es, sin duda, connatural leer la Biblia como obra de Dios, inspirada y conteniendo la revelación. Pero, ¿puede esto mismo afirmarse de todos los posibles lectores? (cfr. p. 140).

La unidad de la Biblia

En otro aspecto, R. Lapointe se manifiesta preocupado por la “unidad y el ser mismo de la Biblia” contra los que cree detectar un peligro al hacer una separación entre reglas racionales y sobrenaturales de interpretación. Posiblemente el peligro sería real si se busca el fundamento de la separación en la Biblia misma. Yo di-

ría, sin embargo, que la separación, más que un camino a seguir, prefijado por la misma estructuración interna de la Biblia, patetiza —y ahí estaría su fundamento real— dos maneras de ver o de acercarse a la inteligencia bíblica, digamos dos espíritus distintos, uno racional y otro “sobrenatural” cada uno de ellos con una dinámica interna, un interés y un horizonte diferentes. Porque son distintos, siguen caminos diversos.

En conexión con lo dicho puede formularse otra cuestión: Esa “unidad” de la Biblia, que se ve como puesta en peligro con la distinción entre reglas racionales y sobrenaturales de interpretación, ¿no será que en realidad no habría de buscarse y fundamentarse primariamente en el texto mismo —del cual parece que lo realmente importante es que sea íntegro, no “uno”? La del texto tendría que considerarse como reflejando la unidad interior del hombre que está en relación con él como autor —originante— o como lector.

Sólo si la ‘unidad’ se ha realizado antes en este hombre-lector —por la fe, creyente—, sería capaz él mismo de descubrir la unidad interna de la Biblia, que, a su vez, tendría su origen en otros hombres de fe. Uno se puede preguntar si esta “unidad” no se habrá realizado en alguna manera, misteriosa por cierto e independiente del hombre, en todos y cada uno, lo cual sí haría “razonable” y “natural” —para cualquier hombre— el leer la Sagrada Escritura como obra de Dios.

En esta línea podríamos dar un paso más: la unidad de la Biblia no tiene su origen y fundamento en el mero hecho objetivo de ser Dios su autor, sino en el mismo hecho pero considerado desde un punto de vista más complejo, es decir, de ser Dios autor de la Escritura, no independientemente por sí mismo, sino en *unos hombres*. El misterio de la unidad de la Biblia encontraría su fundamento en su fuente misma, en ese otro misterio de “Dios-en-el-hombre”, y sólo se manifestaría como tal dentro del mismo misterio, a saber, al lector con fe, al creyente.

Dualidad de la Biblia

En relación con lo anterior, resulta dificultoso entender a Lapointe cuando habla de la “dualidad ontológica de la Biblia” fundada en la duplicidad de autores. ¿Es éste un concepto real, es decir, existe en la realidad una tal “dualidad”? Lo mismo cuando para ilustrar la dualidad y unidad de la Escritura, se busca una correspondencia en el dogma cristológico: dos naturalezas en una persona divina. En mi opinión, la cuestión que plantea la duplicidad de autor —Dios y el hombre— de la Biblia, tendría que buscar una salida en otra dirección. En primer lugar, no habría que hablar de dos autores, sino de un “autor”. Luego, la dualidad original de “autor” de la Escritura, ¿no exigirá para una lectura correcta de la misma una dualidad correspondiente en el “lector”? Para decirlo de alguna manera aunque sea simplificar las cosas: ¿un libro que ha sido “escrito”

por Dios, puede ser leído —y comprendido— por quien está “sin Dios”?

Tradición y Hermenéutica

La reflexión anterior me llevaría a reconsiderar la cuestión de la *tradición*. Como elemento esencial de la tradición consciente se señala la “recreación del pasado”, cosa del todo admisible respecto a una hermenéutica histórica. Sin embargo, uno se pregunta si realmente lo es y en el mismo grado para la tradición entendida dentro de la Iglesia Católica. Por otro lado, dice R. Lapointe: “Ils (el Espíritu y la Iglesia) constituent la tradition spécifique de l’herméneutique biblique: la foi” (p. 146). Especificada así en la fe la tradición relativa a la hermenéutica bíblica, parece evidente que el centro de la cuestión sufre un desplazamiento de nuevo en la dirección señalada anteriormente: pasa del libro al hombre. La razón está en la simple constatación de que la Iglesia existe en cuanto formada por hombres, miembros suyos, en los cuales actúa el Espíritu. Son sus mismos miembros, los cristianos, quienes constituyen la tradición viva de la Iglesia. Entonces se hace posible un desarrollo de las preguntas anteriores. Dado que la Biblia ha nacido dentro de una *comunidad de creyentes* —quizá se diría con mayor precisión: ha sido engendrada por dicha comunidad—, ¿no será una condición *sine qua non* para la lectura e inteligencia de su verdadero sentido el que aquella comunidad haya permanecido existiendo de manera continua e ininterrumpidamente hasta nuestros días y que, por consiguiente, el lector de hoy y de siempre esté inserto como miembro y pertenezca plenamente a ella? ¿Es posible la inteligencia de la Biblia estando fuera de esa comunidad? Me parece detectar aquí un punto esencial del misterio de la tradición en la Iglesia. No sé si conviene recordar, por una parte, que la fe —que constituye “la tradición específica de la hermenéutica bíblica”— es un don de Dios —“el Espíritu sopla donde quiere” (Jo 3, 8)— y, por otra, que se entra a formar parte de la Iglesia, se es “engendrado”, por un sacramento que se ha llamado de la fe. Sólo con el fin de darme a entender, y consciente al mismo tiempo de lo extremado de la expresión, diría que la fe le viene al hombre por vía “extrabíblica”, aunque con la fe recibe al mismo tiempo la Biblia. En relación con la interpretación de la Escritura, únicamente la pertenencia de hecho a la Iglesia como *comunidad de creyentes* puede prestar el soporte sensible necesario —*sacramentum tantum*— que sea señal cierta de que un hombre tiene capacidad para la inteligencia de la Biblia, es decir, que puede leerla *con* el mismo Espíritu del que aquella nació.

Cuestiones debatidas tales como la de la unidad y relación interna de ambos Testamentos, difícilmente pueden llegar a iluminarse de manera plenamente satisfactoria partiendo exclusivamente del texto bíblico. Quizás se corre el peligro con ello de ser introducido en un círculo sin salida. Pienso que la unidad interna del A. y NT.

descansa en que ambos tienen un mismo origen e idéntica función: engendrados en el seno de una comunidad de fe, que permanece la misma antes y después de Cristo, sólo dentro de ella revelan su pleno sentido. Hace falta un breve desplazamiento: del libro al hombre. No sé bien dónde situar este "point précis où la tradition pénètre dans la subjectivité de l'interprète (p. 145). Es preferible ver como tradición viva al mismo intérprete creyente.

Les trois dimensions de l'herméneutique invita a reflexionar. Uno se pregunta con frecuencia, ante los intentos modernos de actualizar la lectura de la Biblia, qué es lo que hay que buscar en dicha lectura. Quizás sería más realista preguntarse qué es lo que busca en realidad el creyente cuando lee la Biblia. ¿La dimensión estética de la obra literaria? ¿El pensamiento del autor? ¿Una reconstrucción de lo sucedido: el pasado? ¿Al Dios de la Biblia? Me permito pensar que lo que realmente busca, quien de verdad busca, es a su propio Dios, ni siquiera al llamado "Dios bíblico", sino al que le está continuamente quemando con inquietud el corazón.

En cuanto al libro de R. Lapointe, sólo una sugerencia a los posibles lectores, que sin duda serán muchos: la conveniencia de iniciar su lectura por el último capítulo y de cerrarla también con él.

